

sobre los bancos, las paredes y el piso, convertidos en átomos impalpables.

Pero he olvidado que el sermón ha concluido y que se está entonando el credo. Hago entónces esfuerzos para volver mi atención hácia la ceremonia. Creía ya haberlo conseguido cuando, al volver la cara, encuentro á la dama que había sido nuestra estrella conductora. Su libro de oraciones, de pasta nacarada, tiene dos grandes iniciales: J. C. ¿Cómo se llamará esta señora? ¿Tendrá por nombre Juana? ¿Le regalaría ese libro su difunto esposo? Estas y otras cuestiones que nada me interesan, ocupan mis pensamientos de tal modo, que no he observado que el sacerdote va á dar la bendición. Recibimos esa señal que nos despide, de donde la misa ha tomado su nombre latino. Rodríguez se apresura á tomar la puerta; yo lo sigo; y el órgano expresa su alegría, tal cual puede hacerlo en su reumático estado.

No había que pensar en concurrir á otras iglesias. Nuestras plegarias estaban léjos de ser granos puros de sal, como dice Sainte-Beuve. Preferible era comprar una guía de forasteros y conocer por ella lo notable que contenían los templos de la ciudad.

CAPITULO XXII.

EL REY.

Cañonazos, músicas en las calles, soldados que forman valla, muchedumbre que se agolpa, animación extraordinaria..... ¿pero qué pasa? ¿por qué tanto alboroto? Es que ha llegado el rey y que todos se aprestan á recibirlo.

¡Pero rey en una ciudad americana! ¡descendientes de Washington que lo admitan con júbilo! Recordemos que estamos en lúnes de Carnaval y preparémonos á nuevas sorpresas.

No es solamente un rey el que se presenta; es el pasado todo que resucita ante nuestros ojos. El rey es Su Majestad Enrique III, monarca francés en los buenos años de 1574 á 1588. Los soldados que le preceden, si se pudieran eliminar las banderas alemana y de las estrellas, podrían pasar por las guardias francesas y por los suizos. ¿Y esos de sombrero de tres picos con vestidos amarillos y azules que vienen cerca de Su Majestad? Son tal vez los que forman la gran guardia de los *Cuarenta y cinco*; aquellos que hicieron á su soberano el inmenso servicio de librarlo del Duque de Guisa. El servicio costó la vida á Enrique, extinguiéndose con él la raza de los Valois; pero en cambio pudo creerse rey de Francia por un momento, y tuvo la satisfacción de tocar con el tacon de su bota sobre la cabeza de su primo muerto!

Mas no nos adelantemos á lo que tenemos á la vista. Los episodios tempestuosos del final del reinado aún no deben haber ocurrido, á juzgar por la fisonomía del rey, (trasladada al carton) que representa un jóven de 28 á 30 años. Los que han organizado la exhibicion lo conocen bien. Lo han rodeado de favoritos, frailes y animales. Allí van con elegantes trajes multitud de individuos que supongo que representarán á Cailus, Entragues y Livarot, muertos en desafío por la espada de los partidarios de Guisa, ó á los dos Joinville y D'Epernon, si queremos fijarnos en época posterior. En el carro de los equipajes un perro intenta saltar, pero no se atreve: con las orejas levantadas y los ojos fijos en el suelo, procura en algunos momentos comunicar á sus músculos el movimiento de su voluntad; pero pronto el estremecimiento del carro sobre el empedrado lo hace comenzar á perder el equilibrio, y comprende que lo que se propone no es fácil. Loros tambien se conducen: ¿pero loros en tiempo de Enrique III? ¡Ah! sí, ya recuerdo que estos interesantes animales fueron conocidos cuando el descubrimiento de América, y que un andaluz que se acercó á uno de los primeros que se llevaron á España, al ver que el pájaro se enojaba y gritaba, se quitó el sombrero y le dijo: "Usted dispense, caballero; no sabia fuese usted hombre."

El rey se va á pasear por todas las calles de la ciudad; va á concurrir al besa-manos; asistirá á todos los teatros y bailes; y es tanto el trabajo que tiene, que mañana ya no podrá más y entregará la corona á

otro individuo que desempeñe tan importantes atribuciones.

CAPITULO XXIII.

PROCESIONES Y BAILES.

El lunes y martes de Carnaval están destinados en Nueva-Orleans á las procesiones y á los bailes.

En vez de los santos que en otras épocas acostumbrábamos en México pasear por las calles, se exhiben allí las teogonías del Oriente; y se reemplazan las esculturas de madera por jóvenes enmascarados que toman parte en aquellas representaciones.

Hemos hablado ya de un desfile de carros en el cual el Ramayana hizo el gasto. Despues le tocó su turno al Egipto. Proteo, Ra, Isis, Apis, Serapis, el juicio de Osiris, pasaron sucesivamente ante la vista. A las pocas horas las fiestas del año se presentaban de bulto en una larga serie: seguian las diversiones todas de la humanidad. Era para dar jaqueca. Pero ¿no se cansan aquellas gentes? Se consumen en estos entretenimientos el dinero y las fuerzas.

El Carnaval no tiene para Nueva-Orleans un fin meramente recreativo. Esas exhibiciones lujosas de carros y trajes atraen á la ciudad buen número de gente del campo y de las otras ciudades de los Estados-Unidos. Se divierte á los forasteros; pero ellos, en cambio, se

ven obligados á hacer algun consumo. De este modo la poblacion recibe decuplicado lo que de pronto ha tenido que gastar.

Tal es el secreto, y por eso se ve á los negociantes más formales tomar parte en la farsa. ¿Qué hacia en el coche del rey aquel comerciante en tejidos de algodón á quien siempre se encuentra en su almacen grave y serio, dedicado por completo á sus asuntos? Representaba un duque, y lo que es peor, la representacion le cuesta algunos cientos de *dollars* anuales.

El mártes de Carnaval el rey habia cambiado. Ya no era Enrique III el que daba la ley; era el Emperador del Japon, el Mikado, el que acabó con el poder del Taikun. A la verdad era sensible no tener á la vista la historia de la interesante lucha japonesa durante los años de 68 á 69: habia que conformarse con ver desfilar á los hijos del Asia con sus sombreros puntiagudos y sus parasoles de color.

La procesion principal es la famosa del *Mistick Krewe of Comus*. Los trajes son más escogidos; los adornos más brillantes. El objeto elegido aquel año era las adoraciones de la humanidad; todo lo que esta ha en algun tiempo venerado. Aparecian las tres virtudes, de las cuales la caridad es la mayor: el templo de Belo de los Asirios; las ceremonias del Sol de los Sud-Americanos; el toro sagrado de los Egipcios; el sacrificio de Ifigenia de los Griegos; las vestales romanas; el paraíso de los musulmanes; el templo peruano de Cuzco, y aun el culto de los nuevo-zelandeses, entre banquetes de carne humana. Los miembros del "Mistick

Krewe" fueron á descansar de sus fatigas á un suntuoso baile, que tenia lugar al mismo tiempo que el del rey.

Habia yo sido convidado á ambos. Los americanos conocen las leyes de la hospitalidad. Han leído la fábula de Filemon y Baucis; no quieren exponerse á la multa de tres sueldos de la ley de los Borgoñones; aceptan los consejos de los capitulares de Carlo Magno. Y así, aunque era yo extranjero, aun cuando apenas habia unos dias que habia llegado á la ciudad y no tuviese grandes conocimientos, recibí, sin embargo, invitaciones para todas las fiestas del Carnaval.

Preciso era corresponder y presentarse en ellas, ya que no se tenia el poder que en la leyenda oriental tuvo el ángel Gabriel para recompensar la buena acogida de aquella familia que le ofreció el plato de los siete corazones.

Los salones del "Mistick Krewe" estaban concurridos por la aristocracia de la ciudad. Lo más notable estaba allí. Fuí presentado á algunas familias, y á la verdad no encontré en ellas esa tirantez de modales, esa seriedad y circunspeccion extremas, esa altivez imotivada que frecuentemente se observan en nuestros altos círculos.

Nuestra clase elevada tiene ciertas ideas de aislamiento y orgullo. El extranjero no es recibido sino cuando viene muy recomendado á alguno de los dioses de ese olimpo ó trae las llaves de oro que abren todas las puertas. Aun con los naturales del país acostumbran darse importancia, y no son raros los tipos como el de Mme. Punto, la que á pesar de creer que el Dante se

llamaba Alighieri porque era de Argel, sostenía que una familia como la suya no podía recibir al hombre de ley, ni á la mujer é hijos del doctor, ni á los vecinos, ni al comerciante retirado, en suma, casi á nadie, y prefería bostezar sola durante seis meses á arrojar estas preocupaciones ridículas.

La «Feria de Vanidades» y otras preciosas novelas de Thackeray, deberian haberse escrito en México..... Mas separémonos de estas reflexiones serias y volvamos á los bailes.

El del rey no correspondía á su nombre. Salvo el magnífico salon del edificio donde tenia lugar (Exposition building) sala de 170 piés de largo por 81 de ancho, lo demás presentaba pocos atractivos. Allí encontré á Muñoz con dos señoras entradas en años que le habian venido recomendadas de Laredo; á Delavigne haciéndose la ilusion de que todas las mujeres lo amaban; y á Rodriguez con gran sentimiento de haber gastado treinta pesos en un frac para asistir á una reunion á la que podía haber concurrido de levita.

Dije á Muñoz y á Rodriguez que abandonasen el mal humor. Era preciso divertirse, bailar, estar alegres, aprovechando por completo el consejo de Horacio: "Hay que cortar las rosas y que beber el vino en copas de oro, porque la vida es breve."

CAPITULO XXIV.

DATOS ESTADÍSTICOS.

La estadística es el fuerte del país vecino. La extension de los Estados, su poblacion, la longitud de los rios, la altura de las montañas, producciones, climas, riquezas públicas y particulares, edificios, monumentos, etc.; todo lo tienen allí reducido á guarismos precisos y exactos. Si se quisieran reunir en un libro la multitud de datos relativos diseminados en diversas publicaciones, seria preciso una obra como aquella del Dr. Nares, de que habla Macaulay, que pesaba sesenta libras y ocupaba en volúmen mil quinientas pulgadas cúbicas. Los lectores podrian decir que tal masa prodigiosa de papel habria sido, ántes del diluvio, una lectura cómoda para Hilpa ó Shalum; pero que no siendo hoy desgraciadamente la vida del hombre más que de setenta años, no se debe pedirles una gran parte de tan corta existencia.

Naturalmente al recorrer datos estadísticos tan considerables, vienen al espíritu las comparaciones. Sabemos así que Texas es el Estado más extenso de la Union Americana, tan grande como el Imperio de Austria y mayor que Francia; que el Estado más pequeño es Rhode Island, y todavía lo es más el distrito de Columbia. Nueva-York es el que tiene más poblacion, cinco y medio millones de almas; Wyoming el que tiene mé-

nos, 20,700 habitantes. Illinois el que sobresale en agricultura; en ganadería California: Nevada, el más pobre, Pensilvania ocupó el primer lugar en carbon, petróleo, fierro y acero; Nueva-York en imprentas y publicaciones; Ohio en lanas; Illinois en millas de ferrocarril; California en oro y azogue; Colorado en plata. El principal producto de los Estados-Unidos son los granos: siguen despues la avena y el heno; y la cosecha de algodón, que parece tan rica, no ocupa sino el sexto lugar despues del centeno y el tabaco.

Para formarse una idea en numerario de estas inmensas producciones, no hay más que indicar que la Luisiana tenia hace cinco años un monto anual de 46 millones de pesos, y no es sino el 16.º de los Estados en materia de riqueza. Nueva-York produjo en el mismo año 131 millones.

La estadística no se limita á estos conocimientos generales. Penetra al interior de las casas, analiza el bolsillo de los particulares y aun los menores detalles de la vida quedan sujetos á su estilo severo. Como aquel Tomás Grandgrind, que pone en escena Dickens, quien con una regla, balanzas y una tabla de multiplicacion en el bolsillo, estaba siempre dispuesto á medir cualquiera fragmento de la naturaleza humana, y á decir exactamente lo que se podia sacar de él; así los americanos, todo lo convierten en cifras. ¿Veis un edificio? Un libro se encargará de decirnos cuántos piés tiene de altura y el número de escalones que hay que subir para tocar su último piso. ¿Acabais de conocer á un individuo? Cualquiera otro papel impreso os indicará en su-

mas redondas el dinero que tiene y lo que vale su crédito. Por supuesto que con relacion á los comerciantes é industriales notables de las ciudades importantes, la noticia no queda en eso. Se describe su almacén ó su fábrica; se hace un balance exacto de todas sus operaciones; se expresa que tal sugeto llegó pobre al país, que puso una negociacion en tal calle, que se mudó á tal otra en virtud de haber prosperado, y así sucesivamente se tiene del capital de aquella persona una historia minuciosa.

Gran parte de estos datos pueden ser útiles á la industria y al comercio, y de allí proviene sin duda el furor de escribir sobre ellos. Mientras tanto los altos trabajos del espíritu yacen en un abandono relativo. Visítanse las librerías y se convence uno que el pueblo americano se ilustra y entretiene sus ócios con obras de los talentos extranjeros. Al lado de Dickens, Carlyle, Shakespeare ó Lord Byron, casi solo se encuentran traducciones inglesas de Dumas, About ú otros escritores parisienses. La literatura nacional cuenta apenas algunos representantes.

En aquel pueblo se presta más atencion á lo útil que á lo bello. A cada momento se puede hacer esta observacion. Mas la materia es demasiado extensa, y nos llevaría fuera de los límites de este capítulo.